

Carlos Barral

UNA DECADA DE PENITENCIA

¿IE ha quedado del adolescente, burgués y catalán, que en los años cuarenta, difíciles y sombríos, buceaba en la «otra cultura» para tratar de asumir su identidad?

Han quedado, entre otras cosas, un hombre y una vidriera. Y algunos libros, algunos poemas, una labor como editor de la vanguardia cultural, una cierta melancolía, un tono cálido de voz, un cierto distanciamiento elegante —capaz de denotar el «pedigree»—, una información abundante sobre los entresijos de la literatura española de los últimos treinta años —y no sólo de los últimos treinta años, y no sólo de la española—, y apenas un leve desencanto detrás del gesto y la sonrisa inteligentes.

Carlos Barral, en su despacho de Barral Editores, de Barcelona. Con esta vidriera multicolor a sus espaldas y la barba, bien recortada y canosa, capaz de prestarle un aire de sacerdote de cualquier ceremonia pánica, aunque a buen seguro que no de la confusión.

Tema inicial del diálogo: su último libro publicado, «Años de Penitencia».

—¿No te parece un poco anómalo entregar, cuando todavía eres un autor en plena madurez creadora, un libro de tipo autobiográfico?

CARLOS BARRAL.—Sí, es completamente anómalo, tienes toda la razón. Aunque en realidad yo no me proponía escribir un libro de memorias. Finalmente lo que he escrito se parece mucho a un libro de memorias, o quizá a una especie de autobiografía un tanto

particular, porque tiene una estructura bastante inusitada.

—¿Cuál fue, entonces, tu intención al redactar «Años de Penitencia»?

C. B.—Lo que yo me proponía era hacer un retrato, que a mí me pareció muy importante, higiénico,

C. B.—En principio me planteé la redacción de «Años de Penitencia» a partir de un máximo de objetividad. Es decir, partiendo de la base de mis experiencias, ir dibujando un cuadro lo más exacto posible de las circunstancias civiles y morales de la época, sin dejar que mi pro-

vocación de escritor o tu actividad como tal?

C. B.—Es posible que mi dedicación profesional a la literatura, desde un ángulo en la mayor parte del tiempo distinto a la pura creación literaria, haya sido en muchos periodos de mi vida un obstáculo a mi capacidad de producción como escritor. De todos modos pienso que no un obstáculo grave. Aunque yo aconsejaría a las gentes que desean dedicarse a la literatura y deban tener al mismo tiempo una profesión más remunerativa que ésta se mantuviera lo más alejada posible de las letras, porque lo contrario es tóxico.

«Volviendo a mi caso, me parece que siempre he dispuesto de algún tipo de defensas que me han hecho relativo o bastante inmune a ese peligro. Lo que sí está claro es que mi faceta de editor ha perjudicado mi reputación como escritor. Para mucha gente soy antes editor que escritor. Y esto debo confesar que me irrita, porque yo no me considero así.

—Te referías antes a la posible necesidad, para quien desee dedicarse a la literatura, de simultaneizar lo literario con otras profesiones más «remunerativas». Parece evidente, desde luego, que, hoy como ayer, la gratificación que puede esperarse de la literatura consiste en cualquier otra cosa menos en el incentivo económico. Pero, ¿y como editor?, ¿resulta rentable el producto literario en nuestro país?

C. B.—Bueno, hay muchos tipos de editores. Los editores que se dedican, digamos, a la difusión de

Francisco López Barrios

casi, desde el punto de vista de mi propia biografía, de los años cuarenta.

«Y, efectivamente, este libro se refiere de un modo exclusivo a los años cuarenta, es decir, del año mil novecientos treinta y nueve al mil novecientos cincuenta, o lo que es lo mismo: de mis diez a mis veinte años.

—¿Por qué tu interés inicial hacia esos años precisamente?

C. B.—Bien, quise hacer reflejar esa época porque la considero como muy significativa, tanto por las presencias como por las carencias.

«Pienso que es la época que ha determinado la mentalidad de mi generación, con todo lo que esto lleva consigo de positivo o de negativo.

«Fueron unos años sórdidos en un mundo sórdido. Una década interminable inscrita todo ella, como digo en el prólogo de mi libro, «en el lomo de una repugnante cucaracha, grande como el mundo mismo».

—¿Qué métodos de trabajo decidiste utilizar a la hora de redactar el libro?

«La calidad de punto de partida o de narrador adquiere un perfil demasiado importante.

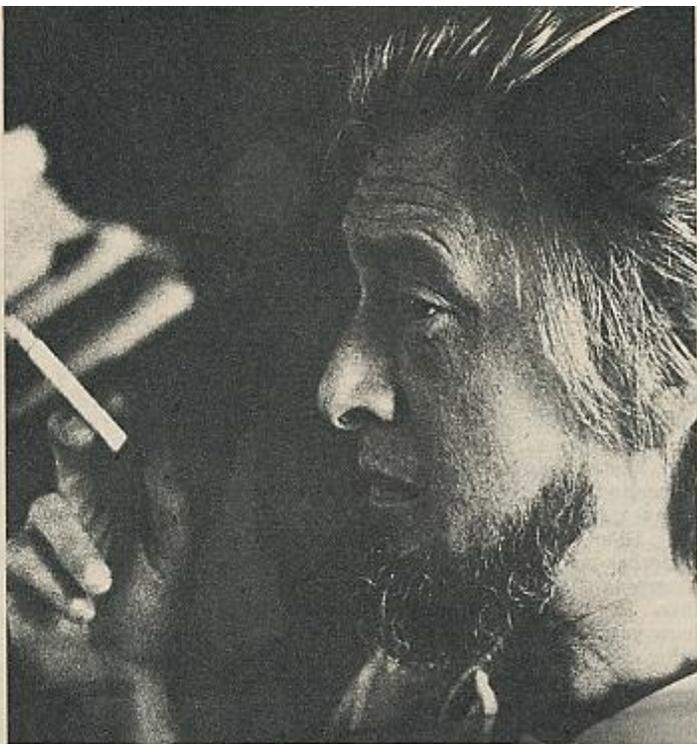
«Lo que ocurre es que ese proyecto inicial se frustró en la medida en que uno es un poeta lírico y fue interviniendo cada vez más como personaje principal, como personaje pensante con evidente protagonismo.

«También, y de otro modo, me propuse dar un contexto explicativo a mi poesía, que, como la de todo poeta lírico, es autobiográfica, y me parece que este libro es profundamente contextual. Es decir, que, para quien lo lea, mi poesía será mucho más inteligible.

««Años de Penitencia» termina en los momentos en que, concluida tu carrera de Derecho, te dispones a incorporar al negocio familiar, a la Editorial Seix Barral. Unos momentos que tú describes sin demasiado optimismo, como «de integración en un mundo civil a todas luces enfermo y en muchos aspectos repugnante». ¿En qué medida para ti tu actividad como editor, un tanto condicionada por tus antecedentes familiares, ha servido para frustrar de alguna manera tu



Con Carlos Barral, derecha, José María Castellet, Enrique Badosa y Joaquín Marco.



Carlos Barral: «Fueron unos años sordidos en un mundo sordido».

la cultura codificada, de la cultura, por ejemplo escolástica, de los libros de texto, las enciclopedias, los libros que se venden por venta directa, etcétera, pues, generalmente, poseen buenos negocios.

«La difusión de la cultura viva, de la literatura de la humanística en la efervescencia de su propia creación —que es lo que yo trato de hacer como editor—, no es un gran negocio. Es una actividad muy parecida a cualquier otra actividad profesional, como podría ser la de un abogado o un médico.

—Algunos te acusan, en tu calidad de editor, de haber caído casi siempre en unos criterios excesivamente «intelectualistas», aristocratizantes en demasía. ¿Qué responderías a esta acusación?

C. B.—Yo creo que los que piensan así de mí tienen, en el fondo, razón. Yo tengo en literatura una actitud aristocraticista, por decirlo de algún modo, y no pretendo ocultarla.

«Sólo me interesa de la literatura y de la cultura humanística la capa más exigente, y dejo para otros el problema de la cultura popular, que es un problema muy serio, pero en el que yo no me siento implicado.

«Es evidente, en consecuencia, que lo que yo hago tiene esa connotación minoritaria a la que te referías. La tiene muy conscientemente, y yo no podría hacer otra cosa.

—¿No crees que esa actitud se divorcia bastante de los intereses profundos, a largo plazo, de la cultura? Sobre todo en un país como el nuestro, en el que no se puede decir que existan grandes lectores, si no cualitativa si al menos cuantitativamente...

C. B.—Yo creo que en los países que no son grandes potencias de creación cultural, y España sigue siendo una potencia de creación cultural sobre todo en el campo de la literatura, puesto que es la capital, digamos, de una de las cinco grandes literaturas vivas —aunque obviamente no lo sea en

otros terrenos—, esos países, digo, son más interesantes en las capas altas, exigentes, más competitivas de la cultura, que en las capas de lo que podríamos llamar la «cultura aplicada».

«En este aspecto, nuestra cultura es una cultura de punta, y en otros aspectos una cultura menor. Y esto, claro, se refleja en la edición.

—Una última pregunta, ahora volviendo a tu actividad como escritor. Desde mil novecientos cincuenta y dos, en que aparecieron tus primeros poemas, «Las Aguas Reiteradas», hasta mil novecientos setenta y cinco, de tu producción literaria se podría decir cualquier cosa menos que ha sido abundante. ¿A qué se debe esta lentitud en las entregas? ¿Te resulta muy difícil el hecho de escribir? ¿Aplicas un criterio selectivo hacia tu obra excesivamente exigente?

C. B.—En realidad no soy un escritor lento, sino lentísimo. Yo puedo, por ejemplo, circular la vida durante semanas con una carpetita en el bolsillo en la que voy elaborando un poema que poco a poco, muy lentamente, va cambiando, va creciendo. De manera que mi ritmo de producción no es mayor que el de cinco o seis poemas al año, y esto ya es mucho.

«En realidad mi producción obedece a un planteamiento literario: yo me propongo escribir cada vez el poema definitivo, el poema de mi vida, mi obra maestra.

«Sólo escribo poemas por estricta necesidad, no por motivaciones concretas. Por otra parte, mi poesía, que tiene un aspecto básicamente sensual, en el fondo es una poesía con una estructura intelectual muy compleja. Mis poemas parten, por lo general, de una situación socrónica, que da lugar o a una narración escondida o a un modelo dramático, teóricamente ideológico, aunque debajo de eso exista un esqueleto abstracto absolutamente engrasado y preciso. ■

